

5. EL TESORO ESCONDIDO EN EL CAMPO

Introducción. Si algo provoca en nosotros la cercanía del Reino, o lo que es lo mismo, la cercanía de la presencia de Dios, es el asombro, la sorpresa, la novedad radical que llena de la alegría de Dios y que nos hace a todos nuevas creaturas. Porque ofrece una percepción nueva de nosotros mismos, de los demás, del tiempo, de Dios. Es necesaria la experiencia de reconciliar de forma asombrada todos los aspectos de nuestra vida, eso es descubrir el tesoro. Es una experiencia cotidiana, solidaria e integradora. Necesitamos ver la espiritualidad como un arte integral del ser. El descubrirnos a nosotros mismos con el mismo valor que el mayor de los tesoros. El ver en los demás no obstáculos, o fuentes de perder vida, sino como tesoros andantes que descubrir. Y a Dios verle como el gran tesoro escondido en nuestra historia, en nuestra cotidianidad, en nuestro presente. Vivimos desligados de lo real. Dualizados y diferenciando la mente y el cuerpo. La excesiva internalización o psicolización de la experiencia espiritual por un lado y el desapego del cuerpo y del mundo por otro, siguen siendo las características de nuestra época. Tenemos un Dios alejado de los que vivimos, o que supone un esfuerzo tremendo de concentración, de meditación, de salir fuera de lo que cada día vivimos. Y por otro una vivencia de la corporalidad que se desliga de lo espiritual. Es la sede de todos los placeres. La emergencia de todo lo que tiene que ver con la comida, con la bebida, los excesos. La corporalidad ya no se considera “la prisión del alma”, o “la cárcel del alma”. Sino que es el instrumento, el laboratorio en el que probar todas las sustancias que puedan llevarnos a un estado de alteración de la conciencia. Hoy en día corremos el peligro de tener una religión desencarnada, epidérmica y frívola, que no afecte a nuestra toma de decisiones, a nuestras opciones y decisiones. Lo divino se presenta delante de nosotros distante, por no decir extraño. Diferente al instante presente en el que nosotros vivimos. En la Biblia hay un realismo narrativo en el que no hay disociaciones entre el alma y el cuerpo.

Lo que Dios nos dice. *«El reinado de Dios se parece a un tesoro escondido en un campo: lo descubre un hombre, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo.» (Mt 13,44).* En el centro de la Biblia está la vida, la vida que Dios ama porque, como enseña Jesús, Él es *«Dios de vivos y no de muertos» (Lc 20,38).* Faltan cartógrafos y testigos del corazón humano, de sus intrincados caminos en nuestra vida. Cuando Jesús se acerca para introducirnos en su vida abundante no lo hace en un marco religioso, ni en el templo, ni en la sinagoga, sino en medio de la cotidianidad, y eso nos abre la puerta de encontrar lo divino envuelto en lo humano. Y lo hace precisamente cuando lo humano se siente más vulnerable. ¿Dónde encontrar el tesoro y la presencia salvadora y divina de Jesús? Pues al lado de la carne humana, de sus manos cansadas y fatigas. De lo que está lleno el corazón habla la propia boca. Y de la vida en abundancia, salta la oferta salvadora de la Iglesia. O anunciamos algo grande que nos pasa, o nuestro anuncio se vuelve estéril. La vida es el inmenso laboratorio para la atención, la sensibilidad y el asombro que nos permite reconocer el tesoro en cada momento. Los pasos del mismo Dios a nuestro lado, con nuestro ritmo. El cuerpo que somos es una gramática de Dios. Dios espera ser descubierto en todo lo que encontramos y vivimos. Orar no es entrar en la esfera íntima y olvidarnos de todo lo demás. El desafío es que seamos nosotros mismos y que experimentemos con todos los sentidos la realidad de aquello y de aquel que viene. Cuantas pérdidas y grietas en nuestra vida no han traído desgracias, sino bendiciones.

Cómo podemos vivirlo. El exceso de emociones, de información, de expectativas, de peticiones, está atropellando a la persona humana y empujándola a un estado de fatiga, del que cada vez es más difícil volver. Y sin darnos cuenta nos sucede lo que dice el salmo: *«Tienen boca y no hablan, ojos, pero no ven, oídos, pero no oyen, nariz y no pueden oler; tienen manos y no palpan» (Sal 115,5-7).* La rutina no es suficiente para el corazón del hombre. El gran desafío es volver a mirar todo de nuevo por primera vez cada día, deslumbrándonos con la sorpresa de los días; consiste en reconocer que este instante, es la puerta por la que entra la alegría. Sentimos la necesidad de una fe y una sabiduría más integradora, para quien lo decisivo no sea solo la mente, sino la realidad total del cuerpo y mundo que somos. Se trata de releer, de encontrar una nueva hermenéutica, de arriesgar una nueva síntesis, de proponer, partiendo del acto de creer, pero también del acto de vivir, una nueva gramática sapiencial. El amor es el verdadero despertador de los sentidos. Las diversas patologías de los sentidos muestran que cuando el amor está ausente, nuestra vitalidad hiberna, se paraliza. Una de las crisis más graves de nuestro tiempo es la separación entre conocimiento y amor. Amar significa abrirse, romper el círculo del aislamiento, habitar ese milagro que implica estar plenamente con nosotros mismos y con el otro, como tesoros.